

a sacar un poco de «material» del punto enfermo. La pequeña intervención no duele lo más mínimo. El material obtenido de esta manera se pone en seguida en alcohol, siendo enviado apresuradamente a un laboratorio especializado en estos trabajos; allí se le trata según varios procedimientos — con frío, poniéndolo en parafina, haciendo cortes transversales—, a fin de poderlo observar apropiadamente bajo el microscopio. Así cortado en tajadillas de extremada delgadez se puede averiguar la realidad inexorable: las células del tejido, características, anómalas, degeneradas, indican al observador competente la diagnosis: carcinoma.

Ahora el médico tiene que decidirse: hay que hacer comprender a la enferma la necesidad de una intervención quirúrgica urgente, hablándole con todos los miramientos y con toda gravedad. Aquí tiene que afirmarse el tacto y la habilidad psicológica del médico; hay que mencionar a los deudos del enfermo la palabra «peligro»...

Ya 48 horas antes de la operación la enferma tiene que someterse a un régimen especial, a fin de que la influencia de la narcosis sobre el aparato digestivo sea la mínima posible. Desde el cuarto, en el que dos enfermeras preparan la narcosis, se lleva a la enferma, sobre una camilla, al salón principal de operación en donde se encuentran numerosas mesas de operación, separadas solamente por biombos. Los brazos y los pies del paciente están ligados para evitar incluso eventuales movimientos durante la narcosis y para garantizar la tranquilidad absoluta de la enferma. La «máscara», un ligero armazón de alambre cubierto de gasa, está colocada sobre la cara. El médico que tiene que efectuar la narcosis deja ahora caer de su botella unas gotas de la substancia adormecedora. La enferma, que primeramente aspiraba nerviosamente el aire aromático, cuenta... y su respiración se hace profunda y tranquila... Pronuncia los números... pronto menos claramente y más tarde desordenadamente: a 24 sigue 91, después acaso 35 y 70. El narcotizador levanta un instante la máscara; la cara enrojecida de la paciente, ya completamente relajada, muestra que la anestesia ha empezado, y las pupilas, debajo de los párpados que el narcotizador levanta cuidadosamente, no reaccionan a la luz. La anestesia es completa, la enferma ha perdido el conocimiento, no oye ya la conversación de los médicos, el mundo se le ha sumido en la obscuridad purpúrea del sueño narcótico. Tiene que ser, por cuanto el hombre quiere y por cuanto la ciencia humana puede, solamente una noche breve. Y a pesar de ello, cada uno de los que están allí presentes, sabe que esta noche se extiende muy cerca de aquella otra, la eterna, la que sumida en un eterno secreto, y que, al despertarse, a pesar del profundo cansancio por ella causado, se tiene la sensación de volver a la vida.

De acuerdo con el primero y fundamental mandamiento de la cirugía, han sido tomadas todas las medidas y hechos los preparativos para lograr una esterilidad perfecta, en cuanto pueda existir cosa perfecta según el juicio del hombre. Todos los que están aquí presentes, todos los «colaboradores» han tratado sus manos durante veinte minutos enteros con agua caliente, jabón, un cepillo y limpiaúñas, sublimado y alcohol. Caminan con las manos levantadas como si estos miembros desinfectados con tanto cuidado no pertenecieran ni siquiera al cuerpo y fuesen tan sólo unos delicados y preciosos instrumentos. Se dirigen hacia unos grandes recipientes de metal luciente; los abren con los pies por medio de una palanca, sacan sus blancas batas de operación que poner encima de sus delantales de goma. Una enfermera se los cierra por detrás. Si por casualidad se ha tocado la bata por un movimiento involuntario, se quita la bata sin pronunciar palabra y se saca otra del recipiente metálico esterilizado. El operador y sus asistentes se ponen unas ligeras máscaras delante de la cara y, en fin, cubren sus manos con unos ligeros guantes de hilo.

Alrededor de la mesa de operaciones han sido colocadas tres mesas en las cuales se disponen líquidos, vendajes de toda calidad y forma. Una enfermera, ella también completamente «esterilizada», prepara los instrumentos con movimientos tan ligeros que hasta sorprenden: tiene que ser especializa-